



Discurso de clausura. Curso 2017-18.

Estimados familiares, querido alumnado, compañeras, compañeros...

Hace apenas unas semanas daba la impresión de que este día nunca iba a llegar. Y es que el arte de esperar, tan denostado en estos tiempos de vértigo e inmediatez, nos enseña que todo llega, y que todo pasa, lo bueno, y lo menos bueno, todo. Cuestión de paciencia, y de filosofía, en tanto y en cuanto caminamos hacia una meta que en el fondo nunca se alcanza.

Porque creo que gran parte del secreto de esta cosa llamada vida consiste en saber esperar, en saber disfrutar el camino, en adquirir la capacidad de valorar lo cotidiano y de relativizar lo que nos aflige. En avanzar a fin de cuentas, y mirando atrás no más de lo imprescindible. Decía Einstein que la vida es como una bicicleta, para mantener el equilibrio hay que seguir adelante.

Fin de curso. Palabra mágica. Atrás quedan esfuerzos y recompensas. Y mientras contábais los días que faltaban para llegar hasta aquí, casi sin daros cuenta la vida transcurría, a veces como una fina lámina y otras como un torrente arrollador, en ocasiones las aguas bajaban limpias, y otras envenenadas; distintas expresiones en el fondo de la misma esencia, todas necesarias para entender la complejidad de un todo que paradójicamente es más simple de lo que percibimos a ciertas edades, si no en todas.

Pasa la vida por delante de nuestras narices, y vosotros nos lo recordáis curso tras curso. Poco tiene que ver el chico o la chica que comenzaba la etapa de Secundaria con quienes acaban la de Bachillerato. Ese periodo de metamorfosis se llama adolescencia, y aunque a los adultos nos traicione la memoria, nosotros un día también fuimos adolescentes, y hubo un tiempo en el que también viajamos en la misma montaña rusa que vosotros, con nuestras certezas y nuestras inseguridades camufladas, por muy firmes que ahora nos mostremos ante vosotros. Porque, no, no nacimos aprendidos. Nadie lo hace.

Son muchos los padres y madres que acuden a nosotros paralizados por el pánico, “¿Qué le pasa a mi hijo? Hace un año no era así”. Claro que no era así, afortunadamente no era así. Y es que la vida es experiencia, es ensayo y error, es aprendizaje. Todo vale, todo cuenta, todo suma.

A todos nos llega un momento en el que comprobamos que el mundo no es Disney, aún es escaso el bagaje emocional, el escenario es distinto y toca reprogramar; y los adultos, en nuestra amnesia selectiva, olvidamos que en algunos momentos de la vida hay cosas más importantes que una ecuación, un comentario de texto o un circuito impreso. No lo entendemos desde nuestra visión de adultos y por eso colapsamos. “¿Qué le pasa a mi hijo? Hace un año no era así”. Paciencia, insisto. Están diseñando su personalidad, una parte viene implícita en los genes, y otra la aporta el entorno, del que la familia es, y debe ser, parte fundamental. Por eso hay que estar, por eso no podemos desaparecer justo cuando más falta hacemos.

Pero hoy no es día para la reflexión existencial, hoy es día para disfrutar. Un verano no son dos meses, ni tres, un verano es una vida. A cierta edad es eterno, es perfecto. Querido alumnado, saboread estas merecidas vacaciones, son un regalo de los dioses ganado a pulso, el lugar donde todos queremos volver alguna vez en la vida, a ese atardecer naranja en la playa entre amigos y amigas mientras percibimos

incipientes emociones que como mariposas revolotean en los estómagos. Volver, que decía el tango, volver a sentir la temperatura ideal, la sensación de libertad y de tener toda la vida por delante, a la grandeza de sentirse joven.

Hace escasas horas hablaba con un amigo, al que quiero como a un hermano, actualmente, y a causa de una terrible enfermedad se encuentra en la cuerda floja. Desde su delicado estado de salud, y desde el cariño más sincero, su débil y entrañable voz me recuerda la vital importancia de esas cosas que erróneamente consideramos simples, como el lujo que es pasear junto al mar y sentir su brisa, solo o acompañado, como es llegar a casa y besar a tu hijo, reír con los amigos, mantener una cálida conversación, decir te quiero mirando a los ojos... Y creedme que en este momento nadie tiene más autoridad para hablar de lo esencial que aquel que puede llegar a perderlo todo.

Precisamente, porque él me lo pide, por vosotros y por todos, os invito a que valoréis cada día todo lo que tenemos a nuestro alcance: la inmensa fortuna de poder disfrutar de un paraíso como es esta tierra y este clima, y, sobre todo, que apreciemos en su justa medida el auténtico valor de la amistad, del amor y de la salud.

Para cerrar un discurso que tan solo pretendía ser un canto a la vida y reflejar la explosión de ilusiones que supone un fin de curso en una ciudad costera como la nuestra, creo que no se me ocurre mejor forma que recurriendo a los versos con los que Serrat comenzaba esta maravilla llamada Mediterráneo:

“Quizás porque mi niñez sigue jugando en tu playa
y escondido tras las cañas duerme mi primer amor
llevo tu luz y tu olor por donde quiera que vaya
y amontonado en tu arena guardo amor, juegos y penas”

Muchas gracias por todo lo que nos dais. Que seáis muy felices.

Queda clausurado el curso 2017-18.

D. José Luis González Moyano

Director Técnico del Colegio Alborán de Marbella.